MIGUEL, NIÑO

En cuclillas ordeño
una cabrita y un sueño.

LEYENDO el cuaderno de Miguel Hernández que tengo ante mí, de menuda caligrafía de colegial, imagino al "arcángel de las cabras" (P. Neruda) en actitud de ordeñar al dócil animal y soñando ser poeta. Porque no otra cosa obsesionaba al chiquillo desde que supo lo que era un verso—bueno o malo—y sintió desde lo más profundo la vocación de crearlos.

Hay seres que nacen con un destino superior al que les ofrece su cuna. La de Miguel y cuanto le rodeaba, ambiente y prejuicios familiares, le tenían dispuesto un modo de vida humilde y limitado: apacentar el rebaño, como el padre y el hermano mayor hicieron. Pero si aquéllos anduvieron por las mismas sierras, fué vulgar y rutinariamente. No es igual un pastor a otro pastor—un hombre a otro hombre—, si uno de ellos está tocado por la gracia de Dios desde su nacer. Y el niño Miguel lo estaba. Tampoco el monte de San Miguel (donde está el Seminario, y a cuya falda se adhiere la parte posterior de la casa paterna) y el de la Cruz de la Muela, que frecuentaban, fueron los mismos, pues la sensibilidad del poeta les extraía una belleza que los otros no captaron. Desde que sus pequeños y ágiles pies escalaban las laderas, bajo las luces celestes de la mañana o las malvas del atardecer, la palpitante Naturaleza le apresaba y él, a su vez, se adueñaba de sus riquezas. Los elementos y criaturas del cielo y de la tierra, astros, árboles, aves, minúsculos bichos, fueron sus amigos, respondían a su ávida curiosidad con la entrega de su significación.

* * *

Nació Miguel en la calle de San Juan, 82, y fué bautizado en la catedral de Orihuela. Tercero de los hijos de Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert Giner, creció entre sus hermanos mayores, Vicente y Elvira, y los que le siguieron, Concha, Josefina, Monserrate y Encarnación, fallecidas las tres primeras de corta edad. Cuatro años más tarde, se trasladan a la calle de Arriba, 73, una casa modesta, con huerto en el fondo, ahora sin limonero y sin higuera, con un madroñero, el pozo y algunas flores. El aspecto actual es muy distinto del cantado por el poeta. Del huerto se pasa a un establo que se abre al mismo pie del



Miguel Hernández en la escuela.

monte. Cerca de la casa está el Colegio de Santo Domingo, de jesuítas, el mismo que Gabriel Miró sitúa en la Oleza de sus novelas admirables. Los padres establecieron escuelas gratuitas para niños pobres, anexas al Colegio, regidas por maestros seglares. A la del Ave María asistió Miguel por vez primera. Tenía siete años, el cuerpecito espigado y unos ojos verdosos llenos de asombro. Su maestro se llamaba don Eugenio y sus medidas pedagógicas no eran muy inteligentes, a juzgar por un castigo que impuso al zagal: obligarle a recibir una ducha de agua fría y, empapado, enviarle a casa. (Quién sabe si no le vendría de aquel fragoroso bautismo su afición al agua, bañándose en el Segura en verano y en invierno.) A don Eugenio sucedió don Ignacio Gutiérrez Tienda, aún vivo, que aparece en la foto escolar que ilustra estas páginas. Arriba mismo del maestro está el pastorcito, con cara seria. No era serio, sin embargo, sino muy alegre y juguetón. En esta foto aparenta unos ocho años: ya tenía once, y, aunque no guapo, era singularmente atractivo. Las niñas del colegio de monjas iban a Santo Domingo para ciertas devociones y se fijaban en él llamándole "el chico de los ojos grandes". Grandes los tuvo, de un verde claro, dotados de noble expresión.

Reclamaba la atención de las niñas, le querían sus compañeros y le estimaban los jesuítas, que, al conocer su extraordinaria inteligencia, lo reclamaron para sus clases "de pago". Antes del cambio, sucedió otra anécdota digna de consignarse: habiéndole castigado por una futesa a ocupar el último lugar, retó al maestro para que examinase a los demás, comparando las respuestas con las suyas. Aquél tuvo que rendirse al resultado, invitándole a ser el primero. La reacción del niño fué negarse, prefiriendo seguir el último. Es una pequeña prueba de su dignidad.

En las clases distinguidas amplía sus conocimientos y aventaja en seguida a los niños pudientes. Es esta etapa escolar de Miguel la que registran, como su primer contacto con las letras, sus biógrafos Juan Guerrero, Elvio Romero y Concha Zardoya, quien hace una magnífica exége-

sis en su libro *Miguel Hernández. Vida y obra* (Hispanic Institute. Nueva York, 1955.)

El muchacho se supera por días, asombrando a los nuevos y encumbrados profesores. Aprende de memoria el Antiguo Testamento—la doctrina es poca cosa para él—, recita poesías en los festivales del Colegio, ayuda a misa, ataviado de monaguillo... (¿No sería esta elemental representación el principio de su gusto por el teatro? Es sabido que formó, con los hermanos Sijé y los Fenoll, el grupo teatral "La Farsa", donde actuaba como primer actor.) Y a medida que cultiva su talento natural, su joven espíritu parece atraído por lo religioso. Orihuela es propicia, el clima de su hogar y el del Colegio también; tal estado se reafirma con el influjo hondamente católico de Ramón Sijé. Reza, desfila en las procesiones... y corretea por los riscos con las ovejas, que no abandonaría hasta su primer viaje a Madrid. Así lo dice en carta conmovedora a Giménez Caballero (dic. 1931).

Esta intimidad con los libros de texto aumenta su inquietud por superar su condición humilde. Los jesuítas proponen al padre costearle una carrera—el poeta se negó a seguir la eclesiástica, ofrecida primero—, pero el padre se opone: no le hace falta título alguno para seguir con el rebaño. Y el niño, apesarado, abandona el Colegio, dedicándose exclusivamente al pastoreo.

XVI

En cuclillas, ordeño
una cabrita y un sueño.

Glú, glú, glú,
hace la leche al caer
en el cubo. En el tisú
celeste va a amanecer.
Glú, glú, glú. Se infla la espuma,
que exhala
una finísima bruma.
(Me lame otra cabra, y bala.)

En cuclillas, ordeño
una cabrita y un sueño

¿Exclusivamente? En apariencia, sólo. El que después sería "pastor perdido" (P. N.), se encuentra a sí mismo contemplando a la Luna, a Venus, escuchando el canto del ruiseñor, que tan bien imitaba; admirando la escarcha y la niebla, conociendo el romero, el trigo—"¡Qué olor a Dios echa el trigo!"—; familiarizándose con olivos y almendros, limoneros, granados y palmeras; enterándose de las flores que prefería: el jazmín, los lirios, el azahar... Hasta que un buen día—bendito sea—se decidió a escribir sus primeros poemitas, de arte menor casi todos. Dijo sobre los libros:

A los libros bellos,
pétalos de rosa
ponedles en las páginas...
A los libros feos,
nada...
(Nada, o pajas.)

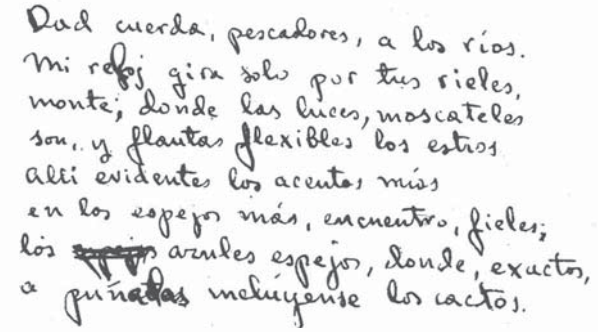
Comenzaba a llegar por conducto de la Poesía al alma de las cosas, según quería Unamuno. O quizá el alma de las cosas, tan bien interpretada, infundió la Poesía en la suya. Su vida virgiliana le ayudó a ser poeta, pluralizó su individualidad. Apacenta la majada, reparte leche en el pueblo, lee sin cesar, escribe contra vientos y lluvias, bajo el sol, a la claridad lunar. Tañe una flauta pánica que se fabrica, lanza con la honda —"con un furor de círculos cantantes"—"piedras milagrosas":

Tiro piedras a un cordero;
y cada piedra que tiro
deja en la brisa un suspiro
y en el azul un lucero.

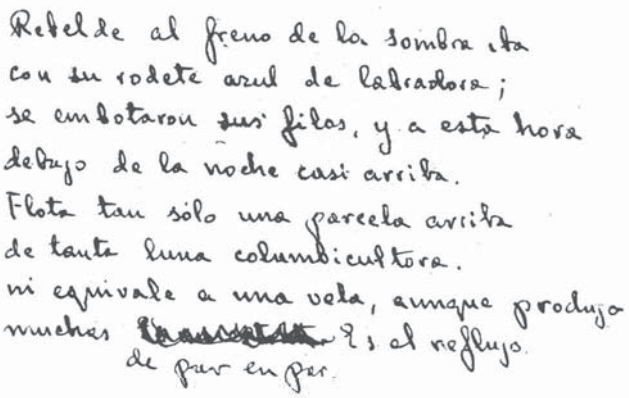
Y observa la manera amorosa de los animales, cómo crecen las espigas y se abren las flores; distingue los matices del crepúsculo, a medida que "las cumbres se apagan"; sabe la hora según la luz, según las sombras, cómo cambian las fases de la luna hasta resultar "perito en lunas". Y cuando supo decirlo, escribió: "Aquí no se tendrá el sentido de las cosas, pero se tiene sentimiento."

Miguel ya no va al Colegio. Pero todos le prestan libros y se dedica a una "gimnasia intelectual" (Machado), que más tarde saldría a flote a lo largo de su portentosa obra. Los autores que lee son distintos y hasta dispares: Luis del Val, Pérez Escrich, Cervantes, Góngora y Lope, Juan Ramón, Guillén, Machado y Miró, por quien siente admiración. Sus primeros tanteos poéticos los va pasando a una libreta apaisada que denota la juventud del zagal, ¿catorce, dieciséis años? La letra es pequeña, cuidada; los títulos, en pretendida redondilla; al final de cada poema aparece la palabra "Fin". No puede caber más ingenuidad en un incipiente poeta que habría de conmover con su verbo impetuoso y la intención y hermosura de sus imágenes. Los poemas crecen, muy "en verso", por lo general, bajo el signo de lo bucólico y las citas mitológicas; también lo científico asimilado, astronomía, botánica, historia... Rubén está presente en algunas rimas, con abundancia de esdrújulos altisonantes. También Gabriel y Galán. Dedica al dios Pan y a la ninfa Siringa una canción en la que también nombra a Dionisos y Orfeo; otras veces son Diana, Afrodita, Baco... Está de tal modo obsesionado por tales criaturas, que él mismo se deifica al imaginarse persiguiendo a una ninfa

entrevista en la fronda, incitado por su naciente sensualidad. Ya no es un niño, sino un adolescente vital y sensible, sumergido en la naturaleza, respirando sus hálitos y su hermosura. Escribe "En agosto", "A mi Galatea", "Imposible", "Lujuria", "El chivo y el sueño"..., resonantes a sus lecturas. Entonces, dominando ya los metros y sabiendo lo que quiere, entabla amistad con los jóvenes oriolanos aficionados a las letras. Se reúnen en la tahona de los Fenoll a leerse mutuamente. Ramón Sijé, aventajado estudiante de Derecho, dirige el grupo y orienta a Miguel, hasta su prematura muerte, en 1935.



Dad cuerda, pescadores, a los ríos.
Mi reloj gira solo por tus rieles,
monte; donde las luces, moscateles
son, y plantas flexibles los estíos
allí evidentes los acentos míos
en los espejos más, encuentro, fieles;
los ~~espejos~~ azules espejos, donde, exactos,
a ~~puñados~~ incluyente los cactos.



Rebelde al freno de la sombra ata
con su rodete azul de labradora;
se embotaron sus filos, y a esta hora
debajo de la noche casi arriba.
Flota tan sólo una parcela arriba
de tanta luna columbicultora.
ni equivale a una vela, aunque produzca
muchas ~~[illegible]~~ s al reflujo
de par en par.

Pero el padre del poeta se opone a su vocación y nada consiguen la madre y las hermanas, que le defienden con su ternura. El hombre piensa que la poesía no sirve para nada y le castiga y hasta le golpea, como Ovidio fué también maltratado por su padre por la misma causa. (El poeta latino prometió: "Juro, juro, pater, nunquam componere versus", pero no lo cumplió.) Miguel no lo prometió siquiera. Batallador como el arcángel de su nombre, se rebeló siempre, decidido a la lucha, la que constantemente sostuvo con su padre y la que el mundo le ofrecía.

Y al mundo se lanzó, con un manojo de versos primerizos por todo bagaje. No era ya un niño. Era como lo definió Sijé, "el poeta terruñero, provincial, querencioso de pastorería de sueños". Y llevaba "al cuello un vendaval sonoro".

María de Gracia Ifach.